

El diario de cuero del arquitecto Rocca

Maria Luz Bateman

Texas Tech University

I

Vivo en Lubbock, Texas. Y esto quiere decir para mí, un acento encantador, muchas caras sonrientes, praderas blancas de algodón, poderosas cigüeñas de fierro negro que extraen el petróleo con sus picos movedizos no muy lejos de la ciudad y por supuesto Texas Tech y el departamento de Psicología en donde estoy terminando de escribir mi tesis para el doctorado. No hay en Lubbock mucha sofisticación ni detalles que me recuerden a Europa o a Argentina. Reconozco que esto no es necesario ni importante; y hasta podría parecer un esnobismo, pero juro que no lo es, son parte de la mochila que llevo por haber nacido en Buenos Aires, por haber vivido entre los seis y los siete años en Francia y por contar con cuatro abuelos europeos. Por eso cuando quiero entrar en una zona de confort voy al World Market, al lado de Sams, a comprar mis vinitos italianos o franceses, chocolates belgas en forma de conchitas marinas, aceitunas sabrosas de Portugal o quesos de Holanda y Francia. Los productos cuestan un poco más caros pero vale la pena.

La semana pasada encontré allí un vinito blanco marca Pellerino que me resultó conocido y aunque no podía recordar por qué nos había gustado a Charles y a mí, decidí comprarlo. Cuando fui a colocarlo en la bodega junto a los otros vinos blancos me encontré con otras dos botellas idénticas. Las botellas que me había enviado Cinzia el año pasado desde Sicilia. Y de pronto recordé que hacía un año que no había recibido ningún email de mi amiga de Brescia.

¡Ay...ay... ay!! Qué cosa mágica tiene a veces un objeto! Una botella de vidrio opaco, llena de un líquido dorado, aquí y ahora es para mí una fuente burbujeante de recuerdos que se me atropellan unos con otros intentando salir a la superficie: mis sesiones de traductora casera de italiano/español con Paolo Rocca, los cafés strettos y la melezzane a la parmigiana que Paolo preparaba en mi casa algunos domingos, el día de mi casamiento, la caja roja con el moño de seda blanca, los emails de Cinzia y miles de etcéteras más.

II

Apenas terminé mi escuela secundaria decidí que tenía que buscar un trabajo de medio tiempo mientras comenzaba mis estudios en la Facultad de Psicología. Un día leí un aviso de trabajo en el Diario La Nación, en esa época en mi casa, una familia de clase media, se compraba el diario todos los días. El aviso solicitaba secretaria part time para un estudio de arquitectura y el horario encajaba perfectamente con mi entrada a la Universidad, de modo que decidí presentarme.

Me acuerdo que me sorprendió agradablemente la decoración del lugar: unas alfombras blancas muy peludas, muebles también blancos de diseño supermoderno y enormes cuadros con imágenes geométricas con mucho rojo amarillo y naranja. Una secretaria me hizo pasar a una pequeña salita con enormes ventanales que miraban a un jardín lleno de rosas. Mientras esperaba, otra mujer, creo que era la recepcionista, cortó una rosa blanca la puso en un florero

pequeño de cristal y la colocó en la mesa ratona que estaba frente a mí. Minutos después entró la secretaria y me hizo pasar a otra oficina.

Allí estaba sentado el arquitecto Rocca detrás de un soberbio escritorio. En esa época Paolo tendría unos cuarenta años y era un hombre atractivo. Moreno con una sonrisa blanca y amplia que le iluminaba hasta los ojos, altura respetable y vestimenta un tanto modernosa, camisa estilo safari y mocasines blancos. Me llamó la atención esta manera de vestir porque era diferente a la del argentino de clase media que por lo general se viste a la inglesa, con colores tradicionales y líneas sobrias. El arquitecto Rocca era un fanático de lo ultramoderno y aplicaba su afición a todos los aspectos de su vida. Siempre olía a perfumes carísimos y su ropa venía de las mejores casas de Milán. En cuanto a su vida personal, estaba casado y tenía dos hijos, uno de los cuales, supe mucho después, estaba consumido por las drogas. Sería por eso quizás la causa de su eterno fondo melancólico. Por eso o quizás por el accidente. Pobre Paolo, que había llegado a ser uno de los arquitectos más conocidos de la ciudad de Buenos Aires y a amasar una buena fortuna y sin embargo....caía siempre en pozos enormes de tristeza.

En esa época pensaba yo que era porque extrañaba su Sicilia natal. Muchos años después supe de sus luchas para salvar a Federico y de su rabia para con su esposa quien había decidido asumir el problema ella sola y había ocultado al esposo la gravedad del caso. Cuando él quiso tomar cartas sobre el asunto ya era demasiado tarde.

Aquel día de la entrevista hubo algo de él que no me gustó, algo que me puso incómoda, quizás su mirada demasiado fuerte encendió mi sistema de alerta. Al día siguiente mamá me dijo que me habían llamado de la firma Rocca y Grespani y que deseaban me presentara en su oficina a la brevedad posible dado que me habían seleccionado para el puesto de trabajo. Llame por teléfono, y le agradecí a la secretaria la oportunidad explicándole que no la aceptaba pues tenía otra oferta más conveniente.

Tres meses más tarde conseguí un puesto de recepcionista en un hospital privado. Al comienzo, mi trabajo consistía en recibir llamadas y dejar asentado en un libro enorme las entradas y salidas de los pacientes pero a los pocos meses me cambiaron el trabajo por algo más a mi gusto; debía visitar a los internados dos veces por día, hacerles preguntas y sobre todo escucharlos.

Habían pasado casi ocho meses de mi llegada al hospital cuando una noche de lluvia, cerca de Navidad, escuché la llegada de la ambulancia. Me dijo una compañera que había habido un accidente de auto en Luján y que dos personas habían fallecido y las restantes venían en el vehículo. Se trataba de un matrimonio. La mujer tenía contusiones leves pero el hombre tenía heridas serias. Al día siguiente comenzaron mis vacaciones y por dos semanas estuve en la ciudad de Mar del Plata en donde vivía mi abuela, disfrutando de las olas, la arena blanca y de una hermosa navidad en familia.

Retomé mi trabajo el lunes 8 de enero. En el hospital había menos empleados que de costumbre porque muchos partían ese día para sus vacaciones, de modo que desde temprano tuve que cubrir muchos frentes. Por la tarde la recepcionista me entregó la lista de los hospitalizados a quienes debía visitar y la página con las preguntas que debía de hacerles a los nuevos. La lista iba por orden alfabético, de manera que al llegar al final me encontré con el nombre de Paolo Federico

Rocca. No reconocí el nombre al principio tal vez porque mi mente estaba enfocada en varias ideas a la vez y sobre todo estaba interesada en el hecho de cómo habían prosperado los casos de los viejos pacientes. La tarde se me fue rápido visitando los hospitalizados según el orden alfabético y cerca de las cinco de la tarde abrí la puerta del cuarto 222 y me encontré de lleno con un rostro moreno con la cabeza vendada y una sonrisa desdibujada que se iba ampliando a medida que le hacía las preguntas usuales. Creo que él me reconoció primero pues yo llevaba mi nombre impreso en mi delantal blanco. No me dijo nada ni yo aludí al hecho de que lo había reconocido.

III

El arquitecto Rocca había sufrido contusiones cerebrales, lo que le había afectado la vista, el brazo derecho y la pierna derecha. Y sufría además de una profunda depresión dado que en el accidente automovilístico habían fallecido su madre y su hermana y él era quien conducía el automóvil que había chocado en medio de la lluvia torrencial contra otro vehículo cuyos pasajeros sufrieron también daños aunque no de gravedad. Al principio sus respuestas eran lacónicas, me contestaba lo imprescindible. Nada había de esa mirada fuerte y sensual que acompañaba la sonrisa seductora del día de la entrevista en su oficina. Me dio pena y tal vez recordando a mí abuelo italiano de Brindisi me dieron muchas ganas de ayudarlo a recuperar su costado luminoso.

Al cabo de una semana y al final de cinco entrevistas, el arquitecto Rocca empezó a abrir su corazón conmigo. Comenzó por contarme que recordaba mi entrevista con él en su oficina. Las respuestas a las preguntas de rigor se fueron enriqueciendo cada día más y más y poco a poco me fue contando de su vida. Había llegado al país a los veintiún años con media carrera de ingeniería y con su padre, pintor de profesión, a cuestas. Se habían instalado en la ciudad de La Plata y allí había decidido cambiar su carrera de ingeniería por la de arquitectura. Pronto consiguió trabajo y pudo alquilar una casita modesta e hizo traer a la madre y a la hermana de Palermo. En esas épocas, allá por los sesentas en Argentina se vivía muy bien y había mucho trabajo y lo más importante: ser italiano, alemán francés o inglés era en esa época un pasaporte hacia la admiración. Dos o tres años después con el título a cuestas se mudaba con su familia a Buenos Aires y conseguía un trabajo en la Municipalidad de la ciudad. De allí en más su carrera fue meteórica: comenzó con temas relativos a hormigón armado y terminó construyendo impactantes rascacielos de vidrio acero y cemento en el barrio de Belgrano. En veinte años aproximadamente se había transformado en una figura de renombre internacional pues a sus logros en la ciudad de Buenos Aires se sumaban la construcción de puentes en Barcelona, shoppings malls en Bilbao y el diseño de un teatro lírico en la ciudad de Melbourne. Sin embargo, este enorme castillo de luces que había construido, que engrandecería el ego de cualquiera, no hacía brillar su alma en ningún sentido. Este hombre se sentía perdido y culpable, tenía miedo de no poder recuperarse y sobre todo tenía miedo de no poder perdonarse nunca la muerte de sus seres queridos. Como una manera de distraerlo le propuse ayudarlo a escribir sus memorias en español por si algún día tenía nietos argentinos. Y así lo hicimos. Su melancolía se trocaba por pilones de sonrisas a menudo que nos sumergíamos en los recuerdos de su infancia: sus recuerdos cotidianos en familia cuando vivían todos en la casa del tío obispo en un palacio del siglo dieciséis, las comidas especiales de los domingos, los baños de mar y las vacaciones en Taormina. Hay mucha

gente para las cuales el recuerdo del pasado es mucho más importante que cualquier cosa que pueda vivir en el presente y Paolo era uno de ellos. Tal vez su infancia era su refugio más seguro.

Poco a poco su salud física también se iba recuperando y al cabo de un mes fue dado de alta y siguió recuperándose en su hogar. Por algún tiempo más tuve contacto con él, pues si bien solamente era una estudiante de psicología, él decidió que quería ser mi paciente; de modo que durante el resto del año acudía a su estudio y lo escuchaba y sobre todo discurríamos acerca del tema de su melancolía. Siempre le decía yo que estaba predestinado a la melancolía pues era de capricornio; esto al menos lo hacía reír ya que no creía para nada en el tema de los signos. Cuando dos almas se acercan surgen atracciones y pronto su mirada volvió a tener cierto contenido sensual. Una tarde comprendí que la relación amistosa y profesional comenzaba a parecerse a otra cosa y se lo dije. Le expliqué entonces de mi relación amorosa y complicada con José y de que en mi corazón no había lugar para nada más. Me siguió llamando algunas veces y finalmente no supe más de él.

IV

. Pasaron ocho años. Una tarde una colega también especialista en adicciones como yo decide consultar conmigo el caso de Carmelo Rocca, un joven de veinticinco años adicto a la cocaína y con dos tentativas de suicidio. La razón de esta charla tenía un motivo específico. Ana Cuenca me proponía que tomara a mi cargo el caso del padre del joven a quien consideraba un paciente difícil. El hombre en cuestión rechazaba toda ayuda y no podía salir de su estado depresivo. Le dije que lo conocía y que no podía tomar este paciente, por razones largas de explicar. Mi vida ya estaba suficientemente enredada con el proceso de mi divorcio de un esposo alcohólico y mi angustia personal que estaba tratando de superar; además mi agenda de trabajo estaba demasiado llena. Sin embargo el caso de Paolo siempre me había conmovido. Diez días después me sentí culpable o quizás omnipotente, no sé, pues creía que yo sí lo podía ayudar: recordé cómo lo había ayudado hacía quince años y casi sin experiencia; de modo que llamé a mi colega y le dije que lo aceptaba como paciente siempre y cuando se acercara a mi consultorio.

Una semana después su asistente concertaba una cita con mi secretaria para el jueves 4 de febrero.

Ese jueves, el paciente anterior se había excusado pues estaba con gripe, de modo que tuve tiempo para prepararme un café cargado y fumar un cigarrillo y reorganizar en mi mente como en un prolijo display de powerpoints las escenas y las conversaciones de diverso tenor que había sostenido con el arquitecto Rocca en el pasado. Ahora yo tenía 38 años y él tendría alrededor de sesenta y pico. Desde mi ventana vi estacionar un Mercedes blanco último modelo y adiviné que se trataba de Rocca. Lo vi pisar con fuerza la acera de piedras blancas y vi una espalda ligeramente curvada y una cabeza cubierta de canas y alcancé a ver unas gafas oscuras.

Paolo había envejecido con gracia pese a todas sus penas. Las canas le quedaban bien pues hacían resaltar sus cejas y sus ojos de color carbón con chispas azules. Se lo veía además muy elegante con su traje gris oscuro de corte impecable y su camisa azul claro. Cinco minutos después se sentaba en el sillón de cuero gris frente a mi escritorio.

Los primeros momentos ambos titubeábamos entre el trato formal o el informal, finalmente Paolo insistió en el tuteo y no queriendo lastimar la confianza lo imité. Encendió un cigarrillo y

aunque en general no permitía a mis pacientes fumar en el consultorio, conociendo sus hábitos no le dije nada. Le ofrecí café fuerte y sin azúcar y lo invité a compartir conmigo la historia de Carmelo. Con ojos muy brillantes y a veces desbordados por el dolor, me contó como el hijo había comenzado a drogarse en la escuela secundaria cuando tenía apenas quince años a instancias de su prima Celia, la hija de su hermana, la única que quedaba viva. En esos años pasados él vivía arriba del avión ocupándose de sus proyectos internacionales y algo creyó percibir en él pero pensó que se trataba de exceso de cerveza y al comentarlo con su mujer Ivana, ésta le dijo que no se preocupara. Dos años después el tema era insalvable, Carmelo no solamente consumía todo tipo de drogas sino que también había comerciado cocaína y tenía los dealers detrás de él. Incluso una vez había estado en prisión por sospechoso. Él pensaba que la situación era irreversible.

Paolo vino a mi consultorio durante casi un año y continuó viniendo luego de la muerte de Carmelo. Un día decidimos juntos que ya podía darse de alta.

V

Los siguientes dos años vi a Paolo unas cuatro o cinco veces. Yo estaba sola y sin deseos de una relación estable después de dos fracasos. Y él también estaba solo muchas veces pues su esposa viajaba mucho a Francia para acompañar a su hija y a sus nietos. Esas ocasiones eran especiales, venía a mi casa con bolsas del supermercado y cocinaba platos sicilianos con piñones o berenjena y algunos condimentos especiales. Después del almuerzo me leía la continuación de sus memorias y yo iba traduciéndolas al español en la computadora. Me acuerdo que cuando yo le transmitía mis miedos de no ser madre nunca, él me decía que los hijos traen demasiadas angustias y devuelven muy poco.

VI

Después de que lo conocí a Charles, dejó de venir a mi casa. Me solucionaba un tema con mi pareja. No es que hubiera nada que ocultar de mi parte pero a veces es mejor ni explicar las historias viejas a las relaciones nuevas. Supe que viajaba muchísimo a Italia y que se había jubilado de su profesión. Mientras tanto Charles y yo decidimos casarnos. Era mi primer casamiento y asumí la empresa con muchísima emoción. Nos casaríamos en la iglesia anglicana e íbamos a celebrar con una fiesta importante. Tenía especial interés en que mi amigo Paolo compartiera este momento de felicidad conmigo, pues yo también había compartido con él muchos de mis miedos y momentos sombríos. Lo llamé por teléfono y le dije que le iba a llegar una invitación para la boda. Me dijo que lamentaba mucho pero que no iba a estar en la Argentina y que me iba a mandar un regalo.

VII

Marina-the concierge says the post office has brought a package in your name, you have to go downstairs to pick it up,- me dice mi esposo a los gritos pues se estaba afeitando en el baño y yo estaba en la cocina. Nuestro departamento tendría unos cien metros y la disposición era alargada, nuestra habitación con el baño en suite estaba en una punta mirando al este y la cocina en la otra punta mirando hacia el oeste.

Bueno, gracias, allá voy - le contesté- mientras apagaba el horno a la vez que cerraba la ventana y tiraba a la pileta el resto de la taza de café.

Me cambié mis chinelas rojas gastadas y mi delantal de cocina, había estado preparando un pastel de espinaca, y me metí en el sencillo ascensor de nuestro departamento nuevo en el barrio de Palermo Viejo. Nos habíamos casado hacía ya diez días y los regalos seguían llegando, la mayoría a las casas de regalos pero algunos a la casa. El portero me entregó una caja grande con un moño muy bonito que no venía acompañada por ninguna tarjeta aunque por el remitente supe que se trataba de un obsequio del Arquitecto Rocca.

Terminé de preparar el pastel de espinacas y me fui al supermercado. Al regresar me senté en el sillón más cómodo del living y mientras tomaba una sprite con jugo de limón me encomendé a la tarea de abrir la caja roja que contenía el regalo de Paolo. Me tomó como unos cinco minutos librar a la caja de las cintas y los papeles blancos de seda. Finalmente levanté la tapa forrada en raso rojo y encontré en el fondo dos objetos: Un diario de fino cuero color habano y una pulsera de oro. Al sacar todo encontré en el fondo, un sobre. Dentro del sobre había una tarjeta gruesa en donde me decía: Gracias por tu ayuda y sobre todo gracias por tu amistad. Te dejo las memorias que aún no has leído para que las pulas un poco cuando tengas tiempo. No había firma. La pulsera era muy bonita, era una gruesa cadena de oro de la cual colgaban varias ranitas de oro.

Dos o tres días después, ya no recuerdo con exactitud, llamé al estudio de Paolo para agradecerle el regalo. Sabía que ya debería de estar de regreso. Me atendió la Sra. Gladiolo, su secretaria de toda la vida y al preguntarle por su jefe me respondió después de una larguísima pausa, que tenía una mala noticia para darme. El arquitecto había fallecido el día anterior en Sicilia, había sufrido un paro cardíaco.

Me sentí desolada y por largo rato no paré de llorar. Por suerte estaba sola en casa de modo que pude descargar tranquila mi dolor. Sobre todo sentía la pena de no poder agradecerle su precioso regalo, y lo más importante, la pena de no poder decir adiós.

VIII

Algunas veces en las vidas de las personas se acumulan los hechos dolorosos o difíciles de digerir. Ese mismo día cuando llegó Charles de su trabajo, me dijo que la empresa en donde trabajaba cerraba sus puertas en el Cono Sur y que él se quedaría sin su puesto a partir de fin de mes. Esa noche llovía torrencialmente y el viento soplaba oblicuamente contra los cristales del living. Charles se sirvió un whisky con soda y no quiso comer nada. Yo tuve que tomar primero un migral para el dolor de cabeza y más tarde un cuarto de Valium porque no me podía dormir. Con la desocupación que había en Buenos Aires y con la cantidad de empresas extranjeras que cerraban sus sucursales por las medidas económicas era difícil, aún para un hombre tan calificado como Charles con sus cincuenta y pico bien cumplidos, conseguir un buen trabajo como el que perdía.

Pero así como el clima en la ciudad de Buenos Aires pasa de la lluvia torrencial al cielo azul y al aire fresco y soleado, así se repone mi marido de rápido. Dos días después me decía que él estaba decidido a regresar a Texas, pues siendo americano tenía allí muchas más posibilidades.

No fue en un día mi decisión, no. La idea de cambiar de vida, de empezar de cero, de dejar los afectos, esto no era tan fácil como cambiar el corte del peinado. No tenía ganas de empezar de nuevo ni me atraía para nada mudarme a los Estados Unidos. Siempre sospeché, claro, que estaba dentro de las posibilidades.

IX

Tres meses después, alrededor de mitad de enero, estábamos volando rumbo a Dallas en donde Charlie había decidido trabajar en forma independiente. Fue mi año sabático. Me dediqué a arreglar la casa que compramos y a abrir muchos regalos de casamiento que nunca había podido ver. Así fue como encontré entre los regalos sin abrir, un diario de cuero gastado de color marfil. Lo puse a mano en mi mesa de luz, encima del libro de Marcela Serrano para no olvidarme otra vez de su existencia.

XII

Cuando abrí el diario, cayó en la colcha de mi cama un sobre blanco. Dentro encontré esta carta de Paolo dirigida a mí.

Mi querida Marina:

Mi piace moltissimo que finalmente hayas podido encontrar a alguien que te haga feliz. Ya verás que la felicidad se va a construyendo lentamente y con muchísimo cuidado y también con trabajo e inteligencia. Aunque claro la felicidad no existe, tan sólo son algunos momentos de mucha paz y armonía, y está en nosotros y en nadie más poder ser felices. Yo, con todos mis logros hasta ahora no lo he logrado. Hace muchos años cuando te conocí pensé... pensé que detrás de tu cálida mirada había para mí alguna esperanza. Fue muy sabio de tu parte no enamorarte de mí pues no habría podido darte lo que necesitas, lo que tienes ahora.

Durante estos años he continuado escribiendo mi diario y quisiera compartirlo contigo.... ya hablaremos si conviene o no que esta parte de mi vida se una al conjunto de lo ya escrito, aquello que será destinado a que mis nietos me conozcan mejor. No voy a estar en tu boda, me voy a Brescia en donde tengo muchas cosas pendientes. No me he sentido bien últimamente y tengo miedo. Tengo necesidad más que nunca de estar cerca de aquella infancia en que fui feliz y también de despedirme... ya verás cuando leas... no te digo más...

Un abrazo,

Me sentí emocionada por las palabras de mi amigo, apagué la luz y me quedé pensando en sus palabras.

XIII

Al día siguiente viajamos con Charles a Houston por un tema de su trabajo. Llevé el diario de Paolo en mi carry-on a fin de leerlo durante el vuelo. Una vez que el avión comenzó a moverse empecé a leer las prolijas hileras de oraciones en tinta roja que servían a Paolo de catarsis.

5 de diciembre de 2008

Estoy in Brescia. A las nueve de la noche, ella ha abierto la puerta de la habitación y se ha sentado en mi cama. Lleva su cabeza mojada y su cuerpo envuelto en una toalla blanca. Me acaricia la espalda con suavidad mientras me hace beber un campari. Me dice que le gusto mucho. Creo que está muy confundida. Me gustan sus caderas amplias y....Yo sé que esto es terrible... pero como dejar pasar la ocasión... Que es la vida sino momentos... fracciones minúsculas de placer en un mar de lágrimas geométricas...

Tuve que interrumpir la lectura pues el avión se movía mucho y no podía concentrarme. Lo cerré y lo deje en mi falda y al ratito el avión comenzó a aterrizar. Media hora más tarde, después de instalarnos en el hotel quise retomar la lectura del diario pero no lo encontré en el carry on, tampoco lo tenía en el bolso de mano... Se me había caído en el avión. Me dio angustia, mucha angustia. Charles me prometió que se ocuparía de reclamar mi diario en la Aerolínea y me insistió en que debía tranquilizarme porque esas cosas siempre aparecían. Charles llamó a American enseguida y dos días después al regresar al aeropuerto de Dallas pasamos por varias oficinas de objetos perdidos, pero nadie lo había visto. El diario no apareció más. Durante días sentí dolor en la boca del estómago. Había perdido a Paolo por segunda vez y había sido irresponsable con el cuidado tan precioso que me había encomendado.

XIX

Apenas quince días más tarde de este incidente, recibí en mi correo electrónico el siguiente email
Cara Marina

Io sono Cinzia Rocca , the niece of Paolo Rocca. My English is so so...je parle francais aussi..Io non so si tu parla italiano. I am very very sad I need to talk to you about Paolo. I know a lot about you.. and I guess you know about me..because he trusted you a lot. Io sono veramente triste..! O bisogno de parlare con te..!!

Sabía muy bien quien era Cinzia. Era la hija del hermano de Paolo, un hombre que había muerto joven en un accidente aéreo. Sabía que se había casado joven con un japonés y que alrededor de los treinta años estaba divorciada y sin niños viviendo en Brescia en la casa de su madre. Paolo hablaba mucho de esta joven. Decía que era de muy buen corazón y que vivía para cuidar de su madre viuda. Paolo era el tío rico de América y proveía a esta familia a escondidas de su esposa de abundantes recursos económicos.

XX

Así comenzó una larga serie de emails con mi amiga Cinzia la cual estaba desesperada por la muerte de tu tío. A lo largo de muchos emails multilingües Cinzia me fue contando de sus amores con Paolo Rocca. Ella lo había seducido y él creo yo, en medio de una desesperada soledad, no había podido rechazarla. O es que se había enamorado de ella, al final no lo sé. Él decía que no tenía la capacidad para enamorarse. Ella cree que sí, y yo lo sabría, tal vez, de haber leído el diario. Pero no lo creo. No la consideraba muy aguda y Paolo adoraba la inteligencia.

Durante los últimos dos años habían viajado juntos por Europa, tío y sobrina, y habían compartido cama, confidencias y soledades. Cinzia presuponía que yo sabía todo esto pues yo había leído el diario íntimo de su tío. Me pidió encarecidamente que le enviara el diario pues sentía que le pertenecía. Con mucho dolor tuve que confesarle que lo había perdido.

XXI

Durante ese año Charlie tuvo que visitar muchas compañías en Europa en una de las ocasiones que tuvo que hacer consultas para la compañía Techint con sede en Milano, decidí acompañarlo. Una vez allí, le envié un email a Cinzia y le propuse conocernos. Me pidió encarecidamente que la visitara en su casa y que me hospedara por algunos días allí junto a ella.

XXII

Conocimos a Cinzia en un recodo de la carretera antes de entrar a la ciudad de Brescia. Era mucho más bonita de lo que me imaginaba y tenía una figura llena, de caderas muy grandes sensuales y unos ojos oscuros llenos de ternura y con las mismas chispas azules que su tío, solamente que ella era muy rubia. Me abrazó con fuerza como si nos conociéramos de toda la vida

Vivía en una casa mediana en la Rúa Medici. Una casa de dos o tres dormitorios. Nunca la conocí entera ni conocí a su madre pues estaba enferma con depresión y no quería ver a nadie.

Lo que me llamó la atención es que las paredes del living estaban cubiertas casi enteramente de cuadros con motivos referentes al pubis femenino. Algunos de ellos eran copias de autores famosos y otras habían sido pintadas por su abuelo pintor, el padre de Paolo o por ella misma.

Hablamos mucho hasta bastante tarde, mientras Charlie dormía. No tenía remordimientos por haberse enamorado de su tío. Había conocido muy poco a su tío de joven y prácticamente lo comenzó a tratar a partir de los treinta años cuando se había separado de su esposo. Me confesó además que había sido violada por su propio padre el hermano de Paolo y que no sentía rencor por su padre muerto. Me dijo que practicaba la religión budista y que trataba de vivir de una manera diferente.

Cinzia nos ofreció su propia habitación, la cual estaba cubierta de pared a pared con las fotos de Paolo. Algunas solo, de más joven y muchas con ella en diferentes escenarios. Mi marido contemplaba las paredes asombrado tanto por lo abigarrado de la cosa como por lo repetido del tema pero no me hizo ningún comentario. Nunca compartí con él la situación personal de Cinzia porque quería que la apreciara por lo que Cinzia era, generosa, dulce y de un extraordinario buen corazón.

Yo y ella hablamos mucho, pero sobretodo la escuché y compartí mis recuerdos acerca de su tío. Ella los necesitaba porque se obstinaba en seguir alimentando su amor de alguna manera y completar con recortes de recuerdos esa figura idolatrada por ella. Nos atendió como reyes, puso en la mesa los mejores manteles y la mejor vajilla que tenía y nos cocinó la pasta más rica que he comido en mi vida, con muchos piñones y sardinas y muchas otras delicias y hasta faltó a su trabajo para recorrer con nosotros el lago de Garda.

Han pasado ya tres años de aquel día. Hace dos años que vivimos en Lubbock porque Charlie consiguió un trabajo en una compañía petrolera en Levelland, a quince millas de aquí y yo decidí volver a la Universidad.

Sigo en contacto con Cinzia y me ha prometido que un día de estos me va a visitar aquí en mi casa de Lubbock.